

# E S T U D I O S

## LA INFANCIA

PHILIPPE ARIES

(1914-1984)

La actitud de los adultos frente al niño ha cambiado mucho en el curso de la Historia y, ciertamente, sigue cambiando hoy día ante nuestros ojos. Sin embargo, esos cambios han sido tan lentos e imperceptibles que nuestros contemporáneos no se han dado cuenta de ellos (en la actualidad, ya que todo se mueve apresuradamente, se notan mejor). En otros tiempos, esas mutaciones no se distinguían de los datos constantes de la naturaleza; las etapas de la vida humana se identificaban, de hecho, con las estaciones. No es que el hombre estuviese completamente inerte en su enfrentamiento con la naturaleza, pero no estaba en condiciones de influir en ella excepto con intervenciones mínimas, modestas y anónimas, que resultaban eficaces sólo porque se repetían durante mucho tiempo: el observador sólo podía descubrirlas en el momento en que se acumulaban tanto que su densidad las hacía evidentes. Con el niño, pues, ha sucedido lo mismo que con la agricultura: no se puede hablar de revolución de la infancia, como no se puede hablar de revolución agrícola..., aunque también se haya intentado hacerlo.

Parece que la historia del niño, como la de la familia, en la antigüedad romana, se vio complicada durante mucho tiempo por una problemática nociva: el llamado tránsito de la familia gentilicia a la familia nuclear (los historiadores de la Edad Media y de la era moderna han señalado el mismo contrasentido). Para verlo con mayor claridad es preferible esperar los resultados de las investigaciones de Veyne y de Manson. No obstante ya se pueden formular algunas observaciones. Se sabe que al niño romano recién nacido se le posaba en el suelo. Correspondía entonces al padre reconocerlo cogiéndolo en brazos; es decir, elevarlo (*elevare*) del suelo: elevación física que, en sentido figurado, se ha convertido en criarlo. Si el padre no «elevaba» al niño éste era abandonado, expuesto ante la puerta, al igual que sucedía con los hijos de los esclavos cuando el amo no sabía qué hacer con ellos.

¿Se debe, pues, interpretar aquel gesto como una especie de procedimiento de adopción, según el cual no se aceptaba al niño como un crecimiento

natural, independiente de la voluntad consciente de los hombres, para los cuales constituía un nada, un *nihil* destinado a desaparecer, a no ser que se le reconociese mediante una decisión reflexiva del padre? La vida le era dada dos veces: la primera cuando salía del vientre de la madre y la segunda cuando el padre lo «elevaba». Es tentador relacionar este hecho con la frecuencia con la que se producían las adopciones en Roma. Según Veyne, en realidad los lazos sanguíneos contaban mucho menos que los vínculos electivos, y cuando un romano se sentía movido a la función de padre prefería adoptar el hijo de otro o criar el hijo de un esclavo, o un niño abandonado, antes que ocuparse automáticamente del hijo por él procreado.

En último caso, los niños «elevados» habrían sido favorecidos por una elección, mientras que a los otros se les abandonaba: se mataba a los hijos no deseados de los esclavos, o a los niños libres no deseados por las más diversas razones, no sólo a los hijos de la miseria y del adulterio. Así, Augusto hizo abandonar recién nacidos a las puertas del palacio imperial. Y Veyne señala que el abandono de los niños desempeñaba entre los romanos la función que entre nosotros tiene el aborto.

Por otra parte, a la vista de cuanto se sabe sobre la historia de la familia, del niño y de la anticoncepción, se puede advertir una correlación entre los tres factores siguientes: la *elevatio* del niño en el momento del nacimiento; la práctica, muy difundida, de la adopción, y la extensión del infanticidio. La sexualidad se encuentra, pues, separada de la procreación. La elección de un heredero es voluntaria. Los subproductos del amor, sea conyugal o no lo sea, quedan suprimidos.

Esa situación cambió a lo largo de los siglos II y III, pero no por méritos al cristianismo: los cristianos sólo se apropiaron de la nueva moral. Aparece entonces un modelo distinto de la familia y del niño. Se le reconoce fácilmente en las lápidas funerarias italianas y galo-romanas, en las que se representa a los cónyuges junto con sus hijos: los esposos repiten exactamente el gesto ritual de las nupcias, la *dextrarum junctio*, cogiéndose de la mano derecha.

A partir de ese momento, el matrimonio asume una dimensión psicológica y moral que no tenía en la Roma más antigua; se extiende más allá de la vida, a la muerte, como demuestra el hecho de que se reproduzca la simbología sobre la tumba. La unión de los dos cuerpos se hace sagrada, al igual que los hijos que son el fruto de ella. Los vínculos naturales carnales y sanguíneos son más importantes que las decisiones de la voluntad. El matrimonio es más importante que el concubinato, el nacimiento que la adopción.

Se inicia entonces un largo período que termina en nuestra época, en la que el concubinato y la adopción recuperan una función que habían perdido tras la gran transformación psicológica del siglo III.

Se había superado una etapa notable. Pero el matrimonio, que prevaecía sobre otras formas de unión libre, era un matrimonio monogámico en el que

el marido conservaba el derecho de repudiar a la mujer. A no ser por la poli-gamia —cientamente heredada de usos semíticos tales como los describen los primeros libros de la Biblia—, este tipo de unión estable y respetada se parece a la situación vigente actualmente en los países musulmanes.

Para que se convierta en la familia occidental de hoy (como se presenta actualmente, a pesar de las contestaciones) es necesario añadirle la indisolubilidad, que sí se impuso bajo el influjo de la Iglesia, pero también, probablemente, gracias al consenso de la propia comunidad, sobre la que la Iglesia y el Estado, hasta el siglo XI aproximadamente, tenían poco poder en lo referente a la vida privada (y el matrimonio ha sido durante mucho tiempo un hecho de la vida privada).

La indisolubilidad consagraba una evolución antigua, precristiana, del matrimonio, en el sentido del reforzamiento de los elementos biológicos, naturales, en perjuicio de las intervenciones de la voluntad consciente y de la mente lúcida. Se sustraía la procreación a la elección y se la dejaba a la naturaleza, a una naturaleza creada por Dios. No es de sorprender que el matrimonio se convierta entonces en un sacramento, aunque siga siendo un hecho de la vida privada. En esas condiciones, la procreación ya no estaba separada, como en tiempos de los antiguos romanos, de la sexualidad: el coito se había convertido en acto de placer, pero también de fecundación.

Como ha demostrado Duly, en un castillo del siglo X, o del XI, la cama del señor y de su dama era el lugar más importante del *domus*. Sin duda sólo había un solo lecho, el de los señores, el único no desmontable; las camas de los demás ocupantes de la casa eran simples camastros. De esto quedan trazas en el hogar burgués contemporáneo, donde impera «la cama de matrimonio».

El día de la boda, el séquito acompañaba a los esposos hasta la cama. La bendición del lecho para que fuese fecundo fue seguramente la primera intervención del sacerdote en la ceremonia nupcial. En aquellos remotos tiempos, los nacimientos suponían verdadera riqueza, esa que permitía dominar sobre los demás. Es necesario que esto se entienda claramente, por que la importancia entonces reconocida a la fecundidad va a ser determinante para las culturas occidentales y va a preparar a muy largo plazo la función que desempeñará el niño.

El *nasciturus* ya no era el fruto del amor que se podría evitar con alguna atención y sustituir con ventaja mediante una elección, con la adopción, como sucedía en la época de los antiguos romanos. El hijo se convierte en un producto indispensable, en cuanto que es insustituible. En el siglo VI empiezan, y durarán mucho, tiempos duros, en los que las ciudades se contraen y se fortifican, se erigen castillos, y en los que diversos vínculos de dependencia sustituyen a las relaciones de derecho público existentes en la *polis* antigua y en los estados griegos: vínculos de lealtad personal, compromisos de hombre a hombre. El poder de un individuo ya no depende de su rango, del cargo que ocupa, sino del número y de la lealtad de su clientela, la cual se con-

funde con la familia, y de las alianzas que se puedan establecer con otras redes de clientelas.

Estos vínculos personales se sancionan con un simbolismo fastuoso (la ceremonia del homenaje) que hace presa en los ánimos. A pesar de todo, la fidelidad más segura es la de la sangre, la del nacimiento. Eso vale para los varones: el primogénito garantiza la continuidad del apellido; los hijos menores colaboran con todos sus medios (cuando no salen huyendo). Eso vale también para las hembras, que, en aquella sociedad aparentemente viril, constituyen una importante moneda de intercambio en las estrategias para extender y reforzar las alianzas.

De ese modo, los lazos sanguíneos —tanto legítimos como ilegítimos— adquieren un valor extraordinario. Hacen falta hijos, muchos hijos, más de lo que parecería necesario, porque hay que constituir una reserva a la cual recurrir en el caso, frecuente, de incidentes y de mortalidad.

Esta actitud tendrá como consecuencia la revalorización de la fecundidad, así como la indirecta y ambigua revalorización del niño.

La revalorización de la fecundidad: una familia poderosa era necesariamente una familia numerosa, por supuesto en los castillos, pero también sin duda en las cabañas, para garantizar la seguridad y la mano de obra. Este culto a la fecundidad se explica fácilmente en un mundo lleno de incertidumbre y aún poco poblado, pero sorprende que se haya perpetuado en un mundo superpoblado y seguro. Las clases populares, que tuvieron que sufrir sus consecuencias, fueron las últimas en abandonarlo.

Y viceversa, a medida que se revalorizaba la fecundidad —legítima e ilegítima— se recurría cada vez menos a la adopción. Ese fenómeno es tanto más significativo cuanto que la sociedad medieval y la moderna se han visto agobiadas por la obsesión de la impotencia y de la esterilidad. El peor maleficio que le podía tocar a uno era quedarse impotente. Incluso hoy, que la fe en las virtudes de la carne y de la sangre están en baja, las parejas que quieren adoptar niños (por lo menos en Francia) se enfrentan a grandes dificultades; a esas dificultades se las disfraza de exigencias cautelares, pero son probablemente la consecuencia de antiguas aversiones profundamente enraizadas.

**Revalorización (ambigua) del niño:** El infanticidio se convirtió en delito. Está prohibido abandonar a los recién nacidos, los cuales están rigurosamente tutelados por la ley (la de la Iglesia y la del Estado). Los infanticidios y los abortos están severamente condenados y perseguidos judicialmente. Lo que asombra no es tanto la «criminalización» del infanticidio, asimilado a un homicidio, como la falsa resistencia que opone la mentalidad popular a esta innovadora asimilación. En realidad, el infanticidio ha existido mucho tiempo bajo formas vergonzosas en las que se pueden constatar supervivencias de tiempos en los que se admitía el abandono. El niño desaparecía vic-

tima de una desgracia que no era posible evitar: caía dentro de la chimenea encendida o dentro de una tinaja y nadie había podido sacarlo a tiempo. Moría asfixiado en el lecho donde dormía con sus padres sin que éstos se hubiesen dado cuenta. Los obispos de la Contrarreforma sospechaban que ni el padre ni la madre estaban libres de culpa, e hicieron cuanto estuvo en sus manos para que los hijos durmiesen en un lecho separado de los padres (el uso de la cuna se instauró tarde y estaba limitado a las clases superiores: se generalizó gracias a estas presiones, que al principio tuvieron una finalidad moral y, más tarde, higiénica).

Todavía en el siglo XVIII fueron acusados de brujería individuos que penetraban en las habitaciones (pero, ¿cómo podría suceder eso sin el consentimiento de los amos de la casa?), exponían a los pequeños a las llamas del hogar, y volvían a ponerlos en el lecho, donde a poco morían con los pulmones abrasados. Este era el destino reservado a los niños deformes o inválidos, pero quizá también a los no deseados. Si bien la fecundidad es bienvenida y venerada, no todo nacimiento es un fausto acontecimiento. La Iglesia debe intervenir para obligar a los padres a hacer bautizar oportunamente a los recién nacidos y, ciertamente, es mucho después de lo que consideran los estudiosos del folklore cuando el bautismo se convierte en ocasión de verdadera fiesta. En los comienzos parece más importante la purificación de la parturienta.

Es de creer que en el siglo XVII-XVIII, la mentalidad popular hubiese asimilado la condena del infanticidio, considerado como delito. La revalorización moral de la fecundidad (la admirable familia numerosa) se había difundido entre las clases más bajas precisamente cuando las clases acomodadas tendían a reducir los nacimientos y estimaban, en cambio, una familia cada vez menos numerosa.

Nótese el carácter ambiguo del antiguo infanticidio popular: era diferente del aborto o del acto con el que la joven madre se desembarazaba del niño tras el parto, hecho igualmente frecuente, y se parecía en cambio al abandono que se practicaba entre los romanos: en ambos casos, al niño le quedaba una probabilidad de salvarse.

Desde el momento en que en la costumbre y entre los grupos privilegiados, la vida del niño se convierte en un valor, el propio niño se convierte en una forma interesante y agradable, señal de la atención que se le presta. El mundo griego, y el romano, se extasiaba ante el cuerpo de los niños desnudos: los efebos. Los colocaba por todas partes, como Luis XIV en Versalles. Los efebos reaparecerán en la iconografía del Renacimiento. Es interesante, y ejemplar, la evolución del conocimiento del niño y de su carácter particular en la antigüedad romana. Menos conocida que la que luego tendrá lugar en la era moderna y contemporánea, merece hoy una mayor atención.

Es probable que el romano tuviese a su inmediata disposición más términos para designar al niño que el francés antiguo, empezando por *infans*, «el

que no habla» (distinción que, recordando lo que ya se ha dicho, no obra necesariamente a su favor: es el que puede ser abandonado); además, la palabra se ha utilizado durante mucho tiempo como adjetivo (según Manson, *puer infans*). Usada como sustantivo aparece más tarde; se la encuentra en Cicerón, e indica probablemente el niño que no va a la escuela. El lenguaje popular utilizaba el término *parvus* con connotaciones, ora afectivas ora negativas: lenguaje de nodrizas que demuestra, en conjunto, el hábito de jugar con el niño, actitud hoy llamada «de mimo», la indiferencia en sus relaciones como si fuese un objeto y, por último, la tendencia a extender la designación más allá de la verdadera infancia.

Las conclusiones (provisionales) a las que llega Manson demuestran que ha habido una evolución del sentimiento, un descubrimiento de la infancia. Según Manson, de hecho, la presencia del lactante es muy importante en Plautó (en el círculo de las nodrizas), un poco menos en Terencio (quien describe un padre que sostiene en brazos al hijo pequeño: *puerum tantillum*) y casi inexistente a continuación, hasta mediados del siglo I: Catulo cambia por completo la imagen de la infancia: a la imagen negativa («estúpido como un niño») sustituye la ternura que expresa la deliciosa escena del niño (*puer bimulus*, «niño de dos años») acunado por su padre. Nace una nueva sensibilidad, ésa que en la época imperial va a inspirar numerosos epitafios en los que los padres narran su tristeza por la muerte de un hijo, cuya edad se indica con precisión: tantos meses y tantos días. Se vuelve así a la leyenda de las tumbas anteriormente citadas a propósito del matrimonio.

La mayor sensibilidad hacia la infancia en Roma no puede separarse del modo que se valora el matrimonio. Lo que se sabe de la Historia moderna puede inducir a un estudioso, no especialista, de la antigüedad a afirmar que ese fenómeno también se deriva del desarrollo de la educación, a la manera griega, de la escuela.

Se llega entonces al concepto de que la sensibilidad hacia la infancia, sus particularidades, su importancia en el pensamiento y en los afectos de los adultos, está ligada a una teoría de la educación y al desarrollo de las estructuras educativas, al énfasis en la formación separada del niño, e incluso del adolescente (la *pandemia*).

La infancia perderá, a lo largo de la alta Edad Media y durante bastantes siglos, la acentuada peculiaridad que había adquirido en Roma en la época imperial, de la cual es testigo el puesto que ocupó en el arte y en la decoración. Se dispersará, mientras que, en cambio, la tendencia a revalorizar y sacralizar el matrimonio no sólo se mantendrá sino que incluso se verá reforzada. Es como si, más allá de un cierto límite, los lazos sanguíneos, que habían creado un espacio aparte para el niño, actuasen en sentido contrario y redujesen ese espacio. Parece como si el hombre de principios de la Edad Media sólo viese en el niño un hombre pequeño o, mejor dicho, un hombre aún pequeño que pronto se haría —o debería hacerse— un hombre com-

pleto: un período de transición bastante breve. En aquel duro ambiente de guerreros, la debilidad que simboliza el niño ya no parecía agradable y gentil. Volvía a ser sin duda lo que había sido en la Roma republicana, *stultissima*. Fue necesario el atributo de divino para que el niño Jesús se librara de ella, atributo que resplandecía en el gesto soberano de la bendición. El Dios majestuoso no era un niño, a pesar de sus dimensiones.

La edad ya no es la de la infancia: el término *enfant*, en francés antiguo, ha perdido el significado de *infans* y tiene más bien el de muchachos de constitución atlética, como el «enfant Vivien», el «enfant Garnier», el «enfant Guillaume», capaces de realizar, desde la más tierna edad, gestas extraordinarias.

La infancia —no ya la del *puer bimulus* sino una edad un poco mayor— se confunde con la juventud: no la de la adolescencia sino la de los hombres jóvenes y fuertes. Los más pequeños quedan sometidos a los mayores de acuerdo con el modelo de la solidaridad homérica, de la solidaridad de grupo. El único lugar en el que el niño ha conservado en parte su antigua peculiaridad es el monasterio. Al monasterio se le confían niños de tierna edad para que los eduque y la regla de san Benedicto prevé para estos minúsculos novicios atenciones y precauciones que parecen casi anacrónicas para aquella época. ¿Cuántos años tenía el chiquillo, el futuro arzobispo de Chartres, cuando apacentaba en un prado y pasó por allí un maestro? El niño se hizo escribir las letras del alfabeto en su cinturón.

Como se ve, no se recorren todas las etapas de la infancia (al menos, según la representen los adultos) cuando el aprendizaje ha sustituido a la escuela. Y a la inversa, esas etapas se han conservado —aunque muy próximas unas de otras— cuando se ha conservado la escuela, en la comunidad de monjes o de religiosos.

Este diverso modo de tratar a los niños confirma la correlación, anteriormente apuntada a propósito de la antigüedad, entre el concepto de infancia y la escuela.

La infancia ha permanecido en la sombra durante bastantes siglos. No es, pues, sorprendente verla reaparecer en la época en la que la cultura escrita, y por consiguiente la escuela, reconquista sus derechos y se difunde a partir del siglo XII. Ciertamente, en la escultura gótica los ángeles, como el de Reims, y los obispos son casi siempre jóvenes adultos; la vejez parece reservada a los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, a los personajes del otro mundo. En cuanto a la infancia, queda reservada para Jesús niño, pero éste ya es un auténtico niño, a veces envuelto en pañales, y su madre, reciente el parto, se inclina sobre él y lo acaricia con afecto: el Jesús niño del arte gótico desempeña el papel del *puer bimulus* de Catulo. Indica que se ha superado la etapa, que se redescubre la infancia. La forma pequeña incapaz de crecer se ha convertido en una especie de monstruo que en breve será objeto de diversión en las cortes principescas, al igual que los animales exóticos y raros: el enano.

En el inmenso esfuerzo para evangelizar las zonas rurales emprendido por las abadías benedictinas y por sus prioratos, con la fundación de parroquias capitulares, continuado luego por la predicación de las órdenes mendicantes, el bautismo de los recién nacidos se convierte en una de las funciones importantes del sacerdote, una razón para situarlo en la vecindad para que pueda llegar a tiempo en caso de urgencia, ya que los seglares eran reacios a suministrar ellos mismos el sacramento. El bautismo deja de ser colectivo por inmersión y pasa a ser individual y por aspersión; además debía tener lugar lo antes posible tras el nacimiento.

La insistencia de la Iglesia en este punto —al igual que su lucha contra el infanticidio— demostraba la importancia que daba al niño. También se advierte ésta en las severas reglas de los manuales del confesor respecto a la protección a prestar al hijo, a su derecho a mamar la leche materna que un nuevo embarazo podría poner en peligro de agotamiento... Con el tiempo, el hombre común descubría el alma, es decir, la personalidad del niño aun antes que su cuerpo.

Los eclesiásticos ya no eran los únicos que se indignaban por el asesinato de los niños, ya que el pueblo había seguido sus huellas. Es de notar que las llamadas víctimas de los homicidios rituales de los hebreos eran niños, niños pequeños, pero también —señal de cuán difícil era distinguir las diversas etapas de la infancia y de la adolescencia— niños mayores, jóvenes aprendices. En los Miracles de Notre-Dame del siglo XVI, los protagonistas, los héroes, son los niños, pero algunos de ellos tienen quince años. Aparecen ahí términos que, no obstante una continua ambigüedad, evocan la naturaleza propia de la infancia y el afecto de los adultos hacia ella. Un «pequeñín» quiere compartir su pan con el Jesús niño de una imagen y llora porque no lo consigue. «No llores, chiquitín —le dice Jesús—, porque tú comerás conmigo dentro de tres días.» En aquel mismo siglo XIV, entre las clases nobiliares, los niños fallecidos tienen a veces derecho a un sepulcro sobre el cual se les representa envueltos en pañales. El hecho es aún muy raro, pero se generalizará en el siglo XVI.

Ahora ya se ha superado el límite, ha sido descubierta la infancia; y mucho antes que el *Emile* de Rousseau o del Versalles de Luis XIV. Hubo un tiempo en que los historiadores tendían a creer que la sensibilidad hacia la infancia no había cambiado nunca, que era un elemento permanente de la naturaleza humana, o que se remontaba al siglo XVIII, al siglo de las luces. Hoy se sabe que ha tenido una gestación larga y gradual, que ha surgido lentamente en la segunda parte de la Edad Media, a partir del siglo XII-XIII, y que se ha impuesto desde el siglo XIV con un movimiento en constante progresión.

Esa dinámica está evidentemente ligada al proceder de la familia hacia una mayor intimidad (*privacy*), a la mejora de la escuela y al hecho de que ésta ha sustituido al aprendizaje tradicional.

Interesa bastante notar cómo desde el siglo V al XVIII se ha reproducido, *mutatis mutandis* y con enormes diferencias de orden cultural, y aún más de orden social (por ejemplo, la esclavitud), la situación psicológica de la Roma de los primeros siglos de la era cristiana. En ambos casos, el impulso parece ser el mismo, la escolarización de la educación, cualesquiera que hayan sido las formas, muy variables, que haya adoptado. Los signos distintivos de la infancia aparecen, por tanto, en la vestimenta de las clases que están en condiciones de frecuentar la escuela, o que están parcialmente instruidas (nobleza de toga y burguesía profesional y mercantil). Se trata de indicios que vale la pena observar porque es sabido lo que eso significa y los cambios que supone.

Durante mucho tiempo no existió en ningún sector de la sociedad, alta o baja, una vestimenta infantil, excepto las fajas, una banda de tela que se enrollaba alrededor del cuerpo, incluidos los brazos, y que inmovilizaba completamente al lactante de modo que hacía de él una especie de envoltorio que se podía colgar de la pared o llevar a la espalda.

Liberado de las fajas, pero aún no destetado (el destete tenía lugar muy tarde), al pequeño se le vestía como a un adulto: en las clases pobres vestía los mismos andrajos; en las clases acomodadas llevaba trajes de adulto hechos a medida.

A partir del siglo XVI —y éste es un hecho muy importante— precisamente en las clases acomodadas, el niño va a tener un modo propio de vestir; esto se refiere sobre todo a los varones, ya que a las hembras, excepto en determinados detalles, se las seguía engalanando como a las señoras. Hay que recordar que a finales de la Edad Media los hombres ya han abandonado la vestidura por los trajes cortos, y a veces bastante indecentes, dejando aquella para los magistrados (llamados precisamente hombres de toga) y para los sacerdotes (al menos en la Iglesia y en el coro).

A partir del siglo XVI, los jovencitos (así como los ancianos) llevarán un vestido: primero, la vestidura de hombre de otros tiempos, es decir, una especie de túnica abotonada por delante, y después, a finales del siglo XVII, un vestido que cada vez se parece más al de las mujeres, a tal punto que llega a ser idéntico. Este uso se conservará en la burguesía francesa hasta la guerra de 1914-1918. Todo esto, evidentemente, es un hecho bastante curioso. Al hacerse más intensa y más íntima, la sensibilidad hacia la infancia ha acabado (como en el mundo griego de la antigüedad) por poner de relieve los elementos —ya positivos— de «ternura» y de debilidad; ¿Cómo mostrar entonces, en nuestra cultura, esta «ternura» si no es con una asimilación a lo femenino? Se ven, pues, en retratos del siglo XVII, muchachos con rasgos marcados, sin asomo de afeminamiento, vestidos del mismo modo que las niñas.

Hay que preguntarse qué piensan los psicoanalistas con sentido de la historia. Posiblemente esta «moda de la vestidura» responde a una más fuerte oposición a la homosexualidad masculina de la época.

En compensación, esa transformación de la vestimenta infantil no ha afectado a las clases populares. Estas no han cambiado el modo de vestir a los niños y han conservado seguramente casi todas las antiguas actitudes mentales respecto a ellos, sobre todo lo que se ha definido como «mimar». Se jugaba con el niño, incluso con su sexo, como se juguetea con un animal que vive con la familia, un cachorro o un gato. Ese sentimiento podía llegar hasta ese afecto profundo que desgarrar la muerte de modo cruel. O podía detenerse en la superficie e ir acompañado de la mayor indiferencia por la muerte infantil, suceso muy probable en los primeros años (como, quizá, entre las nodrizas de Plauto).

También en las clases superiores se mimaba a los pequeños, sobre todo las madres, las abuelas, e incluso los padres, pero cada vez menos a partir de mediados del siglo XVII (en Francia). Y ello se debe al nacimiento de otro tipo de sensibilidad hacia la infancia, destinado a perturbar la actitud de los adultos frente al niño hasta el siglo XX. Un sentimiento bifronte: de un lado, solicitud y ternura, una especie de forma moderna de mimar, y del otro, también solicitud, pero con severidad: la educación. Ya había «niños malcriados» en el siglo XVII, mientras que dos siglos antes no se encontraba ni uno solo. Para «malcriar» a un niño hay que tener hacia él un sentimiento de ternura extremadamente fuerte, y también es necesario que la sociedad haya tomado conciencia de los límites que, en bien del muchacho, debe observar la ternura. Toda la historia de la infancia, desde el siglo XVIII hasta nuestros días, está constituida por una diversa dosificación de ternura y de severidad.

En el siglo XVIII, bajo la influencia de Rousseau y del «optimismo» del siglo de las luces, parece haber prevalecido la ternura (al menos en Francia). En realidad, tras esta apariencia exterior había una gran rigidez: los alumnos de Madame de Genlis no disponían de un minuto para ellos y sus juegos no eran sino un pretexto para impartir lecciones de gramática o de moral. Los muchachos tenían que sufrir este condicionamiento, a fable pero implacable. En el siglo XIX prevaleció la severidad (sobre todo en Inglaterra): tiene lugar entonces el complicado juego de la pedagogía, de la moral y del amor. Partiendo de estas variables, un matemático podría construir modelos. El recién nacido, aun antes de hacerse niño, queda liberado de las vendas que lo tenían prisionero y embadurnado de orina y heces. En las clases superiores se le representa completamente desnudo, como el Jesús niño de otros tiempos o el chiquitín de los álbumes de fotografías de finales del siglo XIX.

¿Liberado? Así se creía entonces, aunque hoy ya no se está tan seguro; Louise Tilly, estudiosa de la historia americana nos informa que se vuelve a las fajas (con una forma de compromiso que deja fuera los brazos). En todo caso liberado, admitámoslo, pero no por mucho tiempo, ya que los hombres y las mujeres progresistas habían empezado a prohibirle orinarse en la cama en nombre de la limpieza y de la higiene. Una vez que había superado esta etapa —los más testarudos recibían azotes y castigos de «educadores» exaspe-

rados —se le sometía a otro control el de su incipiente sexualidad. Se inventaban ingeniosos mecanismos ortopédicos para hacer impracticable la masturbación. Por último, tenía que sufrir en la Inglaterra de las *public schools*, en los convites y en los colegios, una disciplina aún más rigurosa que la impuesta por las «pedagogías» del siglo XVII. Esto, evidentemente, se aplicaba a los hijos más privilegiados de las clases superiores, y muy «ilustradas», en las grandes ciudades.

En cambio, a la burguesía de provincias, y más aún a las clases populares y a los medios rurales, esos refinamientos sólo llegan en parte, o no llegan en absoluto. Los padres oscilaban entre el tradicional exceso de carantoñas y las palizas. Existe una vastísima colección de dibujos y caricaturas del siglo XIX donde se ve a un muchacho que pone el grito en el cielo, a un padre o a un maestro fuera de sí que lo azota severamente ante una madre en lágrimas y un grupo de compañeros horrorizados. Las revistas literarias actuales (sobre todo las americanas) han puesto de moda los artículos... sobre la familia feliz. Pero esta explotación de la iconografía del garrote explica más la actitud de hoy que la de ayer.

Se podría dibujar una geografía de los países del látigo y del garrote (especialmente ingleses) y de los países en los que dominó el «solideo». No es término fácilmente traducible a otros idiomas, pero todos los niños franceses lo conocen bien, incluso hoy día. Es interesante la historia de este término. El «solideo» era originariamente el gorro de los sacerdotes cuya tonsura cubría y que protegía del frío la cabeza rapada al cero. En francés antiguo «llevar el solideo» significa recibir las órdenes. Es probable que los golpes en la cabeza fuesen privilegio de los novicios, de los escolares confiados a maestros tonsurados, que sustituían los golpes de férula (el trozo de madera o de cuero con el que se azotaba la mano del alumno rebelde o distraído) o de fusta (la «disciplina» monástica). El término «solideo» es un juego de palabras habitual entre los clérigos. Eso mismo se difundió pronto en las familias, sobre todo entre las mujeres. El «solideo», convertido en pescozón, es un golpe suministrado a los niños; tuvo una gran aplicación y se introdujo incluso en las aldeas francesas más retrógradas de finales del siglo XIX; de él se tienen muchos testimonios, tanto de parte de aquellos que lo han recibido como de parte de los psicólogos, psiquiatras, pedagogos y demás especialistas actuales de la infancia, salidos de las facultades «ciencias humanas», que se sienten ante él conmovidos e indignados.

¿Es que no ha sido el conocimiento del niño, junto al contemporáneo del «salvaje», la primera de las ciencias del hombre? Es así como se estudió a principios del siglo XIX el muchacho salvaje descubierto en la zona desértica de Aveyron y recogido por uno de los primeros «psicólogos». Ese mismo sistema de amaestramiento dio luego lugar a la reeducación sistemática de los ciegos y de los sordomudos. Los estudiosos de la infancia (no los médicos, que eran más bien valedores del trato severo y del castigo) descubrieron en el siglo XIX que las amenazas, los castigos corporales, eran inútiles y enseñaron,

de acuerdo con el *Emile* de Jean-Jacques Rousseau, a seguir las indicaciones de la naturaleza infantil, a no oponerse a ella sino más bien a utilizarla. Durante mucho tiempo no ejercieron ninguna influencia sobre los educadores ni sobre los padres, quienes estaban convencidos de las virtudes del ejercicio y del esfuerzo. Pero triunfaron más tarde, gracias al psicoanálisis y a su rápida divulgación en los treinta primeros años del siglo XX.

Niños malcriados, niños golpeados, tanto unos como otros dominaron el siglo XIX y los comienzos del siglo XX. Hemos visto, pues, cómo el niño salía del anonimato y de la indiferencia de las épocas remotas y se convertía en la criatura más preciosa, la más rica en promesas y en futuro.

Durante siglos, el fallecimiento de un muchacho fue una cosa sin importancia, algo que enseguida se olvidaba; aunque la madre se desgarraba de dolor, la sociedad no se hacía eco de su lamento y esperaba a que se calmase. Existen tumbas de niños en los siglos XVI y XVII, pero son pocas y, salvo algunas excepciones (en Westminster), no son fastuosas. En cambio, en el siglo XIX, y en especial a finales de ese siglo, sobre todo en los cementerios de la Europa meridional, las tumbas más lujosas, las más patéticas, las más adornadas con figuras, son las de niños.

La muerte infantil, que durante mucho tiempo fue provocada, y más tarde aceptada, ha llegado a ser absolutamente intolerable. Quizá no nos damos cuenta hasta qué punto es reciente esta actitud. Señala una fase definitiva de la sensibilidad, o al menos para mucho tiempo, y no se puede concebir cómo podría retrocederse: las más horribles imágenes de los exterminios nazis son aquéllas de los cadáveres de niños, de aquellos cuerpecillos esqueléticos y, al mismo tiempo, hinchados. El hombre occidental ha experimentado en el siglo XVIII y en el XIX una revolución en la afectividad que, ciertamente, no lo hace mejor, sino diferente. Sus sentimientos se subdividen de otro modo, y, en particular, se concentran más en el hijo. En la película belga *Au nom du Führer*, entre las imágenes de matanzas de niños hebreos, rusos, polacos, etc., se intercalan otras conmovedoras de muchachos alemanes: un pueblo que ama a los niños.

Sin embargo, dentro de esta nueva sensibilidad, se comprueba entre 1960 y 1970 un cambio en la actitud de los occidentales hacia la infancia, cambio que podría ser profundo. El pequeño rey del siglo XIX, al que las familias erigían fastuosos sepulcros, era un raro muchacho, de una rareza fruto de una contraconcepción eficaz, aunque táctica. Pero la natalidad, incrementada en los años del *baby-boom* (1940-1950), disminuye desde 1960-70, y el fenómeno es general en Occidente. Entre el *baby-boom* y la disminución de la natalidad de 1930 a 1940 había una diferencia de medios, pero no de motivaciones. A veces disminuía la natalidad, a veces aumentaba, pero en ambos casos la finalidad consistía en conseguir una «familia feliz» y el futuro bienestar de los hijos.

A partir de 1960, la disminución demográfica ya no responde a las mis-

mas motivaciones. Ya no es *child-oriented*, como después de 1930 o como el incremento de los años de 1940 a 1950: la imagen del niño ya no es positiva, como en el siglo XIX. En Estados Unidos, donde principalmente se le ha rendido culto, es donde más evidente es el reflujó. En las urbanizaciones para ancianos en Florida no se permite que residan jóvenes. En otros lugares, las viviendas sólo se alquilaban a condición de que los inquilinos no tuviesen más de dos hijos (actualmente eso es poco probable, pero es una cuestión de principio). En ciertos establecimientos se prohíbe la entrada a los niños no acompañados. Sin duda alguna, estas medidas se explican como consecuencia de veinte años de absoluta «permisividad»; sin embargo, no se tolerarían en otros tiempos.

Estos indicios —y existen otros— no significan que se esté volviendo a épocas de indiferencia. Hay un límite de la sensibilidad que se ha superado demasiado recientemente y demasiado a fondo para que sea posible una vuelta atrás. Pero existe el riesgo de que, en la sociedad de mañana, el puesto del niño no sea el que ocupaba en el siglo XIX: es posible que se destrone al rey y que el niño no siga concentrando en él, como ha sucedido durante un siglo o dos, todo el amor y la esperanza del mundo.\*

---

\* Este estudio apareció originalmente en el Vol. VI de la Enciclopedia Einaudi en 1979. Se publica con autorización de Einaudi y Editions du Seuil.